

de la evolución y de la revolución, teoría de la inexistencia de Dios, etc. (...) La enseñanza, como misión pedagógica dispuesta a educar a una humanidad nueva, será libre, científica e igual para los dos sexos, dotada de todos los elementos precisos para ejercitarse en no importa qué ramo de la actividad productora y del saber humano (...) Estimamos como función primordial de la pedagogía la de ayudar a la formación de hombres con criterio propio.»

Pero no se trataba sólo de definiciones teóricas: recogiendo los datos de Pere Solá, los autores de este trabajo enumeran un buen número de escuelas racionalistas que funcionaban en Cataluña en los años 31-39, siguiendo en todo o en parte la inspiración libertaria. Y aunque el estallido de la guerra dificultaba el planteamiento de esta intensa actividad y creaba nuevos problemas de especial agudeza, no consiguió paralizar la labor pedagógica de los maestros libertarios. Tras la creación, por decreto de la Generalitat de 27 de julio de 1936, del Consell de l'Escola Nova Unificada (CENU), con el fin de impulsar una reforma educativa global, los maestros de la CNT colaboraron con los procedentes de la UGT o los no afiliados en las tareas educativas de este organismo, cuyo lema rezaba: «Ningún niño sin escuela y ninguna escuela sin maestro». La pervivencia de numerosas escuelas racionalistas, cuyos maestros no quisieron sumarse a un organismo estatal como el CENU, y la aparición de nuevas actividades, como las colonias escolares o escuelas de verano, completan el panorama educativo de un periodo caracterizado, como señalan los hermanos Cardona por «las ansias de saber de un pueblo que arrastraba un retraso secular».

La derrota republicana interrumpiría toda esta labor pedagógica. Para los maestros racionalistas, el nuevo régimen significaba la cárcel o el exilio, la destrucción de su trabajo de los años precedentes, el silencio y la muerte, muchas veces lejos de su tierra. Pero su experiencia no se perdió por completo, pese a todos los intentos franquistas por eliminarla, y como demuestran obras como la que comentamos, sigue mereciendo la reflexión de todos los interesados por la ineludible renovación pedagógica de nuestro país. ■ **MARIA RUIPEREZ**

«EL SIGLO DE HIERRO»: CAUSAS Y SINTOMAS DE UNA LARGA CRISIS

Para el historiador, sujeto a las exigencias de precisión y rigor científico, contar la historia de un siglo en el espacio limitado que ofrecen las páginas de un libro es siempre una empresa ambiciosa que sólo puede realizar con brillantez si asume y supera las dificultades que entraña.

Henry Kamen ha resuelto felizmente el reto. En el prólogo de su libro (1) advierte que no pretende desarrollar un panorama exhaustivo del periodo comprendido entre 1550 y 1660. «He querido concentrar mi atención sobre el cambio social y la suerte de las clases bajas y situar estos temas sobre el fondo de historia, economía y política».

Así, pues, Kamen ciñe su estudio a la descripción de los elementos que constituyen la infraestructura económica y social en los años del llamado «Siglo de la Contrarreforma» y conscientemente soslaya los aspectos superestructurales —cultura, ciencia, arte...— cuyo análisis desbordaría los límites de su trabajo.

El «corpus» de la obra de Kamen se divide en cuatro secciones dedicadas respectivamente a los aspectos demográficos y económicos, a la evolución de la sociedad europea, a las nuevas dimensiones del espíritu y a los hechos que caracterizan la debatida crisis general del XVI; revoluciones de estado, revueltas populares, etc.

La extensión de cada una de estas secciones es desigual. Algunos temas concretos como la brujería, los refugiados, las rebeliones populares, reciben un tratamiento prolijo, mientras que otras áreas, como el contenido de la crisis política, sólo se tocan superficialmente.

En cuanto a la cuestión controvertida de la crisis general, Kamen es de la opinión que subsumir todos los acontecimientos y cambios que se

produjeron en este periodo bajo el epígrafe de una «crisis general» no ayuda a entender su realidad, sino que supone simplificar la riqueza y complejidad de sus términos.

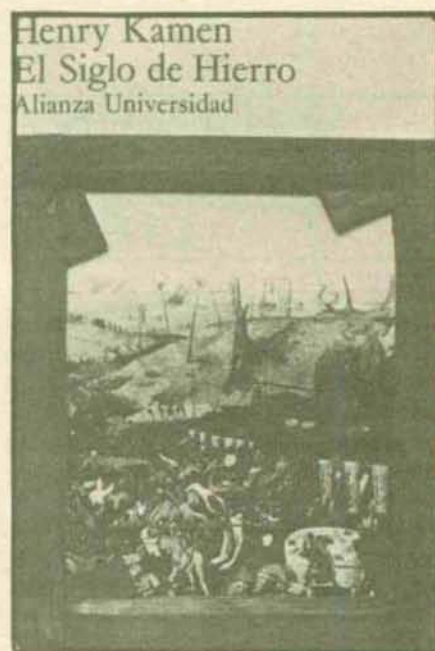
«Hay solamente dos sentidos en los que se puede discutir racionalmente el concepto de una crisis general», dice Kamen. «El primero de ellos es la notable recesión de la economía europea observable en la década 1610-1620 y más pronunciada a partir de 1640. El segundo es la serie de crisis gubernamentales de la década 1640-1650.»

En la última sección del libro Kamen estudia las manifestaciones de esta crisis gubernamental: la revolución inglesa de 1640, la Fronda, el conflicto en el norte de Europa, la revolución en Europa oriental...

A continuación trata las rebeliones populares que se produjeron en las zonas urbanas y rurales a lo largo del Siglo de Hierro, así como el fenómeno del bandolerismo, y uno de los síntomas más tangibles y violentos de la crisis del siglo.

Por último, Kamen explica cuál era la situación de los desposeídos —lo que hoy llamaríamos marginados sociales— pobres, gitanos, vagabundos, refugiados, los últimos esclavos de la Historia...

El problema de los pobres presentó en el siglo XVI unas dimensiones no alcanzadas hasta entonces; un quinto de la población formaba parte de las filas de indigentes que sufrían la más absoluta miseria a causa de la crisis económica y el crecimiento demográfico que se registró en estos años. La Corte de los Milagros y



(1) Kamen Henry. «El Siglo de Hierro». Alianza Editorial. Madrid, 1977.

los pícaros, son dos subproductos típicos del siglo de los que la literatura nos da noticia. La reacción de la sociedad ante la amenaza que representaba un número tan elevado de pobres, delincuentes y maleantes en potencia, se materializó en la creación de la beneficencia pública, de cuyo origen y primeras realizaciones nos da cuenta Kamen.

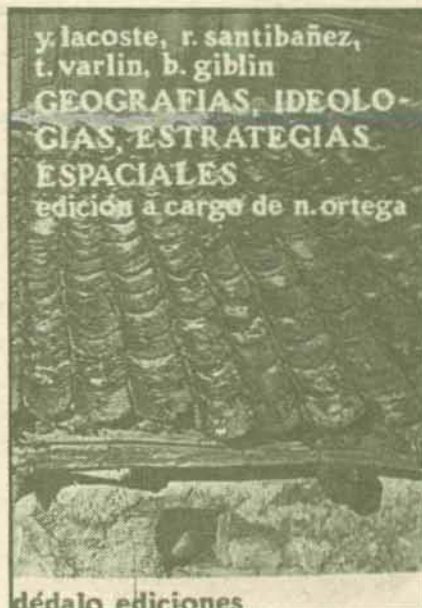
Al filósofo español Luis Vives le corresponde el honor de haber sido el primero en esbozar un planteamiento teórico de la beneficencia, en su «De subventionem pauperum». Vives iba más allá de la fácil caridad medieval; la ayuda a los pobres debía consistir «no en la mera limosna, sino en todos los modos por los que se puede elevar a un hombre».

En resumen, se puede decir que el libro de Kamen, aunque heterogéneo y algo desigual, tiene una lectura muy amena y es una excelente guía para introducir al estudiante y al amante de la historia en la compleja realidad del Siglo de Hierro. ■ **BEL CARRASCO**

LA GEOGRAFIA: ARMA ESTRATEGICA

«Hérodote» no es, como podría suponerse, una revista de historia, sino de geografía. Concebida por Yves Lacoste y financiada por el editor izquierdista Maspero, «Hérodote» constituye una respuesta políticamente comprometida a la crisis de inanidad y de impotencia de una cierta geografía: la que el mismo Lacoste llama «de los profesores».

¿Por qué Herodoto? Porque este personaje fue no sólo uno de los fundadores del pensamiento histórico occidental, sino también, y de modo importante, un geógrafo. Su discurso histórico está entreverado de informaciones útiles y de alto interés estratégico para una potencia imperialista como era entonces Atenas. El relieve, el clima, el reparto de la población, el equipamiento militar, los mitos y costumbres de los pueblos con los que aquella ciudad-Estado tenía relación marítima o terrestre: todos esos datos fueron cuidadosamente anotados por Herodoto, a quien Lacoste no duda en calificar de «agente de información del imperialismo ateniense».



El título elegido responde enteramente al proyecto de la publicación de Maspero. Proyecto que se manifiesta con claridad en la breve serie de artículos extraídos de distintos números de la misma y que publica en castellano Dédalo Ediciones (1). Desde el comienzo del siglo XX, nos dice Lacoste en el trabajo introductorio de «Hérodote», existen dos geografías: una de origen antiguo, que consiste en un saber estratégico percibido y utilizado como tal —como instrumento de poder— por las élites dirigentes. Es la geografía de los Estados Mayores. No sólo de los ejércitos, sino hay también de las grandes organizaciones económicas como las multinacionales, que imponen a los Estados enfeudados la apertura de vías de comunicación o la instalación de complejos industriales contaminantes en función únicamente de sus propios intereses a corto y medio plazo y sin que les importe para nada la destrucción del equilibrio ecológico o demográfico de la zona.

La segunda geografía, más reciente, pues data de finales del pasado siglo, es la mencionada geografía de los profesores. Bajo el pretexto de objetividad, neutralidad y asepsia científicas, esta geografía, inaugurada en Francia por Vidal de la Blache, oculta, como discurso ideológico que es en el fondo, la función estratégica que corresponde a la otra geografía: la de los Estados Mayores.

(1) **Geografías, Ideologías, estrategias espaciales.** Y. Lacoste y otros. Edición a cargo de Nicolás Ortega. Traducción: Isabel Pérez-Villanueva. Madrid, 1977.

Por desgracia, el marxismo, más preocupado por el desarrollo en el tiempo de los modos de producción, no ha prestado, según Lacoste, atención suficiente a los problemas geográficos. Sin embargo, el imperialismo como fase superior del capitalismo, no es sólo un fenómeno histórico, sino también espacial. Porque, como escribe Lacoste, el espacio es «el dominio estratégico por excelencia, el terreno en el que se enfrentan las fuerzas presentes y se desarrollan las batallas actuales».

Esto lo vio ya perfectamente un geógrafo anarquista, Elisée Réclus, a cuya obra geográfica se dedica uno de los artículos de «Hérodote». Lejos de ser un estéril inventario de los accidentes del terreno y de la relación habitantes-kilómetro cuadrado, la geografía debía dar cuenta también, en opinión de Réclus, de la organización social, política y económica del mundo y ofrecer las claves para una crítica «especializada» de las formas de acumulación de capital, explotación y opresión.

Frente a esa geografía aséptica en la superficie, aunque ideológica en el fondo, de los profesores o esa otra, también inocente en apariencia, del turismo, está, pues, la geografía como arma de los Estados Mayores y del capitalismo. No deja de ser significativo que un Pinochet haya sido profesor de geopolítica en la Academia de Guerra del Ejército chileno. Y que haya escrito, entre otras estas palabras: «La geopolítica ha dejado de ser sólo una ciencia de agresión entre los Estados para transformarse en una sana consejera del Conductor, a quien, científicamente, indica los fines del Estado.»

Para los nuevos gendarmes de Occidente en el cono sur latinoamericano, el enemigo ya no procede de fuera, sino que está en el corazón mismo del Estado. Es la doctrina, de origen brasileño e inspiración norteamericana, de la seguridad nacional. Compartimentando el espacio, delimitando las zonas especialmente conflictivas y aislando a la población en medio de un dispositivo extraordinario de información y de control, se trata de romper todo intento de resistencia de la clase obrera a los «tratamientos de choque» recetados por los economistas de la escuela de Chicago, que aconsejan a la Junta Militar. Para ellos, la geografía no es, ciertamente, un saber inútil, ni neutral, ni aséptico. ■

JOAQUIN RABAGO